

separación entre esos dos mundos iluminaba, con nueva luz, las cuestiones aquinianas acerca de la posibilidad y el cómo de nuestro conocimiento de la esencia divina.

La erudición de este curso no es excesiva, limitada a las citas traídas por el propio Aquino, más o menos desarrolladas, especialmente las que Santo Tomás toma de Aristóteles. Con todo, manifiesta un conocimiento amplio y profundo de la escuela dominicana de la época, dominada, sin lugar a dudas, por la imponente personalidad de Cayetano. Constituye, por tanto, un interesante testimonio de cómo se desenvolvía la escolástica novohispana en vísperas (o en los albores) de la gran revolución filosófica ilustrada. Es muy de agradecer al Prof. Beuchot, su paciencia y generosidad al darnos a conocer este nuevo texto, enterrado hasta ahora en los fondos reservados de la Biblioteca Nacional de México. Poco a poco vamos reconstruyendo el itinerario que siguió la teología especulativa novohispana, paralela a la intensa evangelización que allí se llevó a cabo durante los tres siglos de la Colonia. Y tal cosa no es superflua para un buen conocimiento de la Historia de la Iglesia en América.

J. I. Saranyana

David A. BRADING, *Siete sermones guadalupanos (1709-1765)*, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, México 1994, 302 pp.

Tenemos ante nosotros el último libro del Prof. Brading, fruto de su año sabático en el Centro de Estudios de Historia de México de Condumex. David Brading, profesor de la Universidad de Cambridge, recopila en este libro, en edición facsimilar, siete sermones guadalupanos del siglo XVIII, predicados en México, precedidos de un interesantísimo estudio.

El estudio preliminar, de unas cuarenta páginas de extensión, está dividido en tres secciones. En la primera se centra en una obra del P. Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María, Madre de Dios de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la ciudad de México*, publicada en 1648, que es el primer relato impreso acerca de las apariciones de la Virgen y de su venerada imagen. Brading considera que este tratado guadalupano fue el modelo de los sermones del siglo XVIII y se detiene a analizar sus fuentes de inspiración, que se podrían reducir a tres: ante todo, la doctrina de San Juan Damasceno contra los iconoclastas, que fue reeditada y muy citada en el siglo XVI contra la iconoclastia protestante; después se inspira en San Agustín, especialmente en su forma de interpretar la historia, así como en su extraordinario arte en la utilización de tipos y figuras del Antiguo y Nuevo Testamento; y, en tercer lugar, en Joaquín de Fiore. Brading sugiere que la interpretación figural de las Escrituras hecha por el Abad Joaquín fue importante para Sánchez, y que el enfoque joaquinista fue ampliamente aceptado, hasta el punto de que algunos de los más famosos misioneros novohispanos, como Motolinía o Mendieta, adoptaron —según Brading— «teorías similares». Recuerda, además, que «Joaquín ayudó a crear un sentimiento generalizado de expectativas milenaristas al declarar que la tercera grande etapa de la revelación divina en la historia estaba a punto de comenzar».

Por último, en esta primera sección Brading hace notar algunas expresiones que muestran el patriotismo de Sánchez y la influencia que tuvieron todas sus afirmaciones en muchos otros escritores.

La segunda sección de la introducción presenta los siete sermones objeto de este libro, publicados entre 1709 y 1765. Tales prédicas pertenecen a la segunda etapa del guadalupanismo, pues, inspirándose en el P. Sánchez, añadieron figuras e interpretaciones nuevas.

Por último, la tercera sección introductoria se dedica a lo que podríamos llamar las conclusiones. La novedad de los sermones dieciochescos con respecto al libro del P. Sánchez y de sus seguidores inmediatos será el paso de la teofanía guadalupana (sic) con el énfasis en lo figural bíblico, a las analogías sacramentales (relacionando, por ejemplo, a la Virgen de Guadalupe con la Eucaristía). Brading sugiere que este giro puede responder al «feroz ataque de la Reforma protestante a la veneración de las imágenes sagradas y a la Eucaristía», que llevó a reforzar la asimilación de los cultos.

Estos sermones guadalupanos desaparecieron después de 1770, para ser substituidos, con muy pocas excepciones, por otros que se dedicaron a la simple reiteración de la narrativa de las apariciones.

Brading nos ofrece, con la edición de estas piezas oratorias, una nueva fuente para conocer las corrientes de pensamiento y de la religiosidad de la época virreinal mexicana. Se trata de un estudio muy bien documentado, y muy sugerente en lo que se refiere a las posibles fuentes de inspiración y evolución de la literatura guadalupana. Perspicazmente ha sabido descubrir los primeros brotes nacionalistas, ligados a la devoción guadalupana, que después se hipertrofiarían durante la emancipación.

Considero, sin embargo, que las referencias a Joaquín de Fiore podrían haberse matizado. Los autores aludidos por Brading para mostrar la influencia joaquinista —San Buenaventura, Motolinía y Mendieta—, no fueron joaquinistas y, por ello, su cita podría dar lugar a confusión. San Buenaventura, por ejemplo, persiguió a los discípulos del Abad florense, aunque usó algunas figuras piadosas utilizadas por los espirituales, sobre todo en su *Legenda maior*. Motolinía y Mendieta, a pesar de la abundante bibliografía en torno al tema, no parece que siguieran la teología del Florense, sino más bien el ideal re-

formista franciscano y la interpretación providencialista y algo utópica que se difundió en los primeros momentos de la evangelización. Quizá hubiera sido prudente, por ello, distinguir entre utilización de la interpretación figural de la Escritura, en la que el Abad Joaquín fue un consumado maestro, y su teología; y diferenciar nociones que a veces se emplean como sinónimas, como milenarismo, escatologismo y providencialismo, evitando así abundar en una interpretación historiográfica muy discutible, aunque bastante difundida.

A. de Zaballa

Cayetano BRUNO, *La Argentina nació católica*, Ediciones Engegeia, Buenos Aires 1992, 2 vols., 666 + 609 pp.

Cayetano Bruno, salesiano, es una autor bien conocido por sus diversas obras de historia eclesiástica, sobre todo por su monumental historia de la Iglesia en Argentina, en doce volúmenes. En esta ocasión ha elaborado un extenso trabajo, que pretende mostrar la raigambre católica del movimiento emancipador argentino. Bruno sostiene que la separación del poder español no supuso, en Argentina, una ruptura con la religión que habían llevado los primeros evangelizadores. Narra cómo, a pesar de la gran inestabilidad del país en sus primeros decenios de andadura independiente, el factor religioso quedó siempre como la gran fuerza de cohesión de la nueva nación.

Para ilustrar tal tesis, Bruno centra su investigación en cuestiones bastantes independientes unas de otras. Se podría decir que su obra es una recopilación de artículos monográficos, unidos claro está por su capacidad de iluminar el problema religioso en la emancipación del antiguo Virreinato del Plata. Son estudios prevalentemente de archivo, en don-